

Racismo en la “república modelo”. Obreros latinos en Estados Unidos (1890-1930)¹

Susana Sueiro Seoane

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Fecha de aceptación definitiva: 28 de octubre de 2021

Resumen: La sociedad norteamericana a fines del siglo XIX estaba convencida de que había razas superiores e inferiores, idea procedente en gran medida de la escuela italiana de antropología criminal de Lombroso, cuyas obras se difundieron mucho por Estados Unidos. Los obreros de países del sur de Europa que llegaban a Estados Unidos por vía trasatlántica se vieron sometidos a fuertes prejuicios raciales que desde la Academia se trasladaron a la Administración y acabaron teniendo su aplicación en la política inmigratoria del Gobierno norteamericano. Se extendió el llamado nativismo, temeroso de que aquel gran flujo de extranjeros corrompiera la nación. Los obreros inmigrantes mediterráneos o latinos no fueron percibidos enteramente como blancos. Por supuesto, la discriminación racial no era la misma que sufrían los afroamericanos, asiáticos y mexicanos, ya que italianos, españoles o portugueses tenían privilegios que no se concedían a aquellos, como el derecho a naturalizarse ciudadanos norteamericanos al cabo de varios años de residencia y a aspirar a ciertos empleos, pero sí sufrieron una hostilidad étnica y fueron víctimas de prejuicios raciales. Dichos prejuicios, junto con la explotación a que se vieron sometidos, hicieron que cambiaran su visión de Estados Unidos como república modelo de libertades por otra mucho más negativa y amarga. Muchos sufrieron un proceso de radicalización y militaron en el anarquismo. El sentimiento antiinmigración se extendió tras el asesinato en 1901 del presidente William McKinley por un anarquista. La Revolución rusa desató nuevos miedos hacia los radicales extranjeros sospechosos de fomentar el conflicto de clase. A comienzos de la década de los 20, los nativistas consiguieron finalmente limitar radicalmente los permisos de entrada de obreros del sur de Europa. Ellos, por su parte, ante una sociedad que les recibía mal y que les era totalmente ajena, establecieron comunidades étnicas al margen del modo de vida americano.

Palabras clave: razas, Lombroso, Estados Unidos, nativismo, obreros, inmigrantes.

¹ Artículo incluido en el proyecto de investigación del Plan Nacional I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación de España: *Las migraciones atlánticas como agentes de circulación de ideas y prácticas culturales en la primera mitad del siglo XX*, con referencia: PID2019-107173GB-I00.

Abstract: The American society at the end of the 19th Century was convinced that there were superior and inferior races, an idea derived largely from Lombroso's Italian school of Criminal Anthropology, whose works were widely disseminated in the United States. Southern European workers who came to the United States by transatlantic route were subjected to strong racial prejudices that were transferred from the Academy to the Administration and ended up having its application in the immigration policy of the North American government. The so-called Nativism spread, fearful that this great flow of foreigners would corrupt the nation. Mediterranean or Latino immigrant workers were not perceived entirely as white. Of course, racial discrimination was not the same as that suffered by African Americans, Asians and Mexicans, since Italians, Spaniards or Portuguese had privileges that were not granted to them, such as the right to naturalize US citizens after several years of residence and aspire to certain jobs, but they did suffer ethnic hostility and were victims of racial prejudice. These prejudices, together with the exploitation to which they were subjected, caused them to change the vision of the United States as a model republic of freedom for a much more negative and bitter one. Many suffered a process of radicalization and militated in Anarchism. Anti-immigration sentiment spread following the assassination by an anarchist in 1901 of President William McKinley. The Russian Revolution unleashed new fears towards foreign radicals suspected of fomenting class conflict. In the early 1920s the nativists were finally able to radically limit entry permits for workers from southern Europe. They, for their part, faced with a society that received them badly and that was totally alien to them, established ethnic communities outside the American way of life.

Keywords: races, Lombroso, United States, Nativism, workers, immigrants.

1. Introducción

En la actualidad aparecen cada día en la prensa noticias sobre la retirada de estatuas o monumentos en diversos lugares de Estados Unidos por representar símbolos considerados racistas. Una de las últimas iniciativas, en octubre de 2021, ha sido la decisión del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York de retirar la estatua de Theodore Roosevelt, a la entrada del edificio, diseñada en 1925. En ella, el que fuera presidente de Estados Unidos aparece a caballo flanqueado por un indio y un negro situados ambos más abajo.

Más allá de la composición jerárquica de este grupo escultórico que ha sido considerada racista y colonialista, son muchos los aspectos de la biografía del presidente Roosevelt, sucesor del asesinado McKinley, que no lo dejan en buen lugar debido a sus prejuicios raciales, que eran, por lo demás, los de gran parte de la sociedad norteamericana de aquella época.

2. El impacto de la escuela lombrosiana en Estados Unidos

Roosevelt fue un asiduo lector de las obras de la escuela italiana de Lombroso, muy leídas entonces en Estados Unidos, que difundieron la idea de que la raza del sur de Europa, llamada mediterránea (y otras veces itálica o ibérica), era genéticamente inferior a la raza teutónica o céltica del norte de Europa². En concreto, Roosevelt leyó con mucho interés *La raza mediterránea* del siciliano Giuseppe Sergi, estrecho colaborador de Lombroso, publicada en 1895, con una primera traducción al inglés en 1901. Según Sergi, la raza mediterránea había sido superior en su origen, pero luego había degenerado. Las principales características que la definían eran la ausencia de disciplina, la incapacidad para la educación, la propensión a ignorar las leyes necesarias para la vida social, y la tendencia a la rebelión y al crimen.

Para entonces, hacía tiempo que en Estados Unidos los obreros “mediterráneos”, “meridionales” o “latinos” venían siendo objeto de insultos y burlas en múltiples dibujos, caricaturas y canciones, muy comunes en la década de 1890, que les presentaban como primitivos, infantiles, poco inteligentes, con dificultad para adaptarse a una sociedad altamente organizada y tendentes al servilismo³. También como peligrosos, irracionales, de naturaleza irascible, con propensión a los crímenes pasionales y al uso de la navaja. Cada vez que en una reyerta un obrero italiano esgrimía un

² El médico y profesor italiano Cesare Lombroso (1835-1909), iniciador de la ciencia de la antropología criminal, aseguró tras varios viajes por Calabria que la población de la Italia meridional tenía unas características psico-raciales atávicas que se evidenciaban en sus conductas primitivas, y en 1900 afirmó que era una raza inferior con impulsos criminales. Afirmó también que los blancos eran biológicamente superiores a las razas oscuras.

³ CONNELL, William J. y GARDAPHÉ, Fred (eds.): *Anti-Italianism: Essays on a Prejudice*, Palgrave, Macmillan, 2010.

cuchillo, los periódicos hacían hincapié en su nacionalidad, aireando su impulsividad violenta con titulares sobre la “vendetta”⁴. “El cuchillo que el italiano usa para cortar el pan, lo usa también para cortar el dedo o la oreja de algún compatriota. Está tan acostumbrado a contemplar la sangre humana como su propia comida”⁵.

El estereotipo del italiano como criminal se extendió. En octubre de 1890, se produjo un episodio particularmente dramático. El jefe de Policía de Nueva Orleans, David Hennessy, volvía de un mitin en el ayuntamiento cuando cinco hombres le dispararon a la puerta de su casa. Sus últimas palabras antes de morir fueron: “lo han hecho los “dagoes”⁶. En aquella época, unos 30 000 italianos vivían y trabajaban en Nueva Orleans. A los prejuicios contra ellos se unía el miedo a la mafia que por entonces estaba organizándose, con las familias o sindicatos criminales empezando a actuar. Hennessy había metido en la cárcel a uno de los primeros italianos mafiosos conocidos en América, y es más que probable que su asesinato fuese decidido por la mafia. A raíz de aquel asesinato se produjo una persecución de italianos. Varios fueron sometidos a un sonado juicio que acabó en marzo de 1891 con una declaración de inocencia. Entonces, una masa de miles de personas enfurecida por el veredicto y convencida de que el jurado había sido sobornado asaltó la cárcel donde estaban detenidos, y allí mismo once italianos fueron linchados (la mayoría muertos a tiros, dos colgados). Aunque el linchamiento pareció espontáneo, algunos importantes dirigentes de la comunidad habían incitado a la multitud. No hubo inculpados por los linchamientos, ya que se estableció una responsabilidad colectiva. Aun así, el presidente, Benjamin Harrison, pagó al Gobierno italiano indemnizaciones por 25 000 dólares⁷.

⁴ HIGHAM, John, *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*, New York, Atheneum, 2.ª ed. 1963, p. 90 (1.ª ed. 1955).

⁵ APPLETON MORGAN, James: “What Shall We Do With the «Dago?»”, *Popular Science Monthly*, vol. 38 (1890), p. 177, citado por J. Higham, *Strangers in the Land...*, p. 66.

⁶ Para diferenciar racialmente a los inmigrantes de la Europa mediterránea y definirlos como una raza inferior a la anglosajona, se les calificó con epítetos difamatorios como “dago” o “guinea”, por su piel oscura y morena, y, ya entrado el siglo XX, al italiano se le llamó también “wop”.

⁷ FRANZINA, Emilio y STELLA, Gian Antonio: “Brutta gente, il razzismo anti-italiano”, en *Storia dell'emigrazione italiana. Arrivi*, vol. II, Roma, Donzelli Editore, 2002, pp. 283-312; RIMANELLI, Marco y POSTMAN, Sheryl L.: *The 1891 New Orleans Lynching and US-Italian Relations*, New York, 1992; SMITH, David A.: “From the Mississippi to the Mediterranean: The 1891 New Orleans Lynching and its effects On United States Diplomacy and the American Navy”, *The Southern Historian*, 19 (1998), pp. 60-85; GAMBINO, Richard: *Vendetta, A true story of the worst lynching in America, the mass murder of Sicilian Americans in New Orleans in 1891, the vicious motivations behind it, and the tragic repercussions and stereotypes that linger to this day*, Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1977; WEBB, Clive: “The Lynching of Sicilian Immigrants in the American South, 1880-1910”, en W. D. Carrigan (ed.), *Lynching Reconsidered: New Perspectives in the Study of Mob Violence*, New York, Routledge, 2008, y HARTLEY, Heather: *Linciati: Lynchings of Italians in America: a documentary*. Lanham, MD, National Film Network, 2004, y FALCO, Ed: “When Italian Immigrants where ‘the other’” (<http://edition.cnn.com/2012/07/10/opinion/falco-italian-immigrants/>).

El alcalde de Nueva Orleans, responsable del nombramiento del jefe de Policía asesinado, despreciaba a los italianos, y en una tremenda y fustigadora carta que escribió ocho meses después del asesinato insistía en que los italianos y sicilianos estaban entre las peores clases de europeos, las gentes más viciosas, holgazanas e inútiles de todas las que vivían en Estados Unidos. El *Times-Democrat* de Nueva Orleans publicó que tenían frentes retraídas y bajas, y que sus repulsivas fisonomías y sus desaliñados atuendos proclamaban su naturaleza brutal. Theodore Roosevelt —que aún no era presidente, pero sí un alto cargo del Gobierno— dijo que el linchamiento había sido “una cosa bastante buena”. *The New York Times* publicó un editorial en que calificaba a los sicilianos como “escurridizos y cobardes descendientes de bandidos y asesinos”⁸, y al día siguiente otro editorial afirmó que “la ley de Lynch era el único camino que le quedaba al pueblo de Nueva Orleans”. Un comité de ciudadanos creado para investigar los linchamientos decía en su informe de mayo de 1891 que los sicilianos eran indeseables como ciudadanos y no había ninguna razón por la que se les debiera permitir participar de los beneficios de una civilización que no solo eran incapaces de apreciar, sino que se negaban a entender o aceptar⁹.

Las teorías seudocientíficas de la escuela de antropología criminal de Lombroso y sus seguidores se difundieron extraordinariamente en la prensa y en los medios académicos, penetraron profundamente en el pensamiento racial norteamericano y ejercieron una gran influencia sobre la criminología norteamericana, contribuyendo a legitimarla como ciencia¹⁰. En 1899, William Ripley, profesor de la Universidad de Columbia, publicó un magno estudio, *The Races of Europe. A Sociological Study* (New York, 1899) que dividía el continente europeo en tres tipos raciales, el teutónico, el alpino y el mediterráneo, y no albergaba ninguna duda sobre la superioridad de los dos primeros en relación con el último¹¹. También estableció una diferenciación racial entre italianos del norte y del sur; los primeros eran una mezcla de los tipos alpino y mediterráneo, constituían la Italia competitiva, mientras al sur del Tíber el tipo racial se volvía mediterráneo puro, era la Italia aislada y atrasada. La distinción norte-sur, que a lo largo del siglo XIX se había elaborado en Europa (y en Italia en particular), se trasplantó a un ambiente cultural tan distinto y distante geográficamente como los Estados Unidos.

⁸ The New York Times, 16-3-1891.

⁹ Véanse referencias en la prensa norteamericana de 7-5-1891.

¹⁰ D’AGOSTINO, Peter: “Craniums, Criminals and the ‘Cursed Race’. Italian Anthropology in American Racial Thought, 1861-1924”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 44, n.º 2 (2002), pp. 419-344.

¹¹ MOE, Nelson: *The View from Vesuvius: Italian Culture and the Southern Question*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 2002 y DOYLE, Don H.: *Nations Divided: America, Italy and the Southern Question*, Athens & London, University of Georgia Press, 2002.

Las discusiones científicas y académicas sobre los diferentes tipos raciales acabaron teniendo su aplicación en la política inmigratoria del Gobierno norteamericano. El mismo año en que apareció el estudio de Ripley, el director general de Inmigración estableció la distinción racial entre italianos del norte y del sur que estaría vigente en las siguientes dos décadas, con una ilustrativa manifestación en los listados de pasajeros de las compañías navieras que transportaban emigrantes hasta Ellis Island, en los que, junto al nombre del pasajero italiano, aparecía una N (para señalar a los del norte) o una S (para los del sur).

En 1907, el presidente Theodore Roosevelt autorizó una investigación sobre el problema inmigrante por parte de un comité especial bajo la dirección del senador por Vermont, William Dillingham. Tras cuatro años, la llamada “Comisión Dillingham” emitió su exhaustivo informe compuesto de 41 volúmenes. Su conclusión era alarmante: si hasta 1882, Estados Unidos se había beneficiado de la vieja inmigración procedente de países del norte de Europa, miembros de las “razas anglosajonas y nórdicas”, a partir de entonces se había producido un cambio brusco y muy negativo: habían comenzado a llegar indeseables inmigrantes procedentes del sur y este de Europa que estaban agravando los problemas sociales de las ciudades y constituían una auténtica amenaza para la cultura norteamericana. Se suponía que la Comisión había hecho un complejo trabajo científico, pero lo cierto es que el *Informe Dillingham* de 1911 era bastante simple, destilaba prejuicios y estaba plagado de estereotipos racistas sobre las comunidades inmigrantes. Los escritos de Sergi y Niceforo eran las fuentes de autoridad “científica” utilizadas y reiteradamente citadas por los técnicos y encuestadores¹².

Junto con su informe, la Comisión elaboró un *Diccionario de europeos y otras razas inmigrantes* (*Dictionary of Europeans and Other Immigrant Races and Peoples*), un documento que fue calificado por *The New York Times* como una obra “acreditada”, “novedosa” e “importante”¹³. Sin embargo, de nuevo estaba lleno de toscos estereotipos raciales y ponía en guardia al ciudadano norteamericano sobre el concepto del ‘melting pot’ como amalgama de individuos de diversas procedencias que, juntos, constituían un uno plural: el pueblo americano. Aquellos nuevos inmigrantes del sur y este de Europa de nombres raros y lenguas incomprensibles, que vestían y comían de forma extraña, demostraban ser tan diferentes, tan inferiores a los ciudadanos americanos y a los viejos inmigrantes, que no podrían ser nunca asimilados e integrados en la sociedad norteamericana. La única forma de impedir que la cultura americana se diluyese y desapareciese era implementar

¹² *US Immigration Commission, Abstracts of the Reports of the US Immigration Commission*. Washington, US Government Printing Office, 1911.

¹³ *The New York Times*, 21-5-1911.

una política gubernamental que restringiera de forma drástica la inmigración, e incluso que la impidiese por completo.

No solo en la política, también entre economistas, sociólogos e historiadores, encontraron renovada notoriedad a principios del siglo XX las teorías de la escuela lombrosiana italiana, en unos foros muy respetados y respetables. Los ejemplos de ese “racismo respetable”¹⁴ se multiplicaron. Uno de los más eminentes científicos sociales, el conocido sociólogo progresista de la Universidad de Wisconsin, Edward A. Ross (1866-1951), fundador de la sociología norteamericana, al definir en sus obras como racialmente inferior al tipo latino mediterráneo, citó extensamente como autoridad a Niceforo, otro siciliano que popularizó las teorías de Sergi afirmando que la raza era la clave para entender el barbarismo meridional o mediterráneo y que la criminalidad típica del sur era una herencia genética moral, una impronta en el sistema nervioso de sus habitantes que les impulsaba a derramar sangre, lo que hacía inferior a esa “raza”¹⁵. En 1911 el director de la revista *Century* encargó a Ross una serie de artículos sobre “los inmigrantes en América”, y él se tomó con gran celo la tarea. Durante tres meses estuvo viajando con su cámara y su libro de notas, entrevistando a inmigrantes, funcionarios de inmigración y voluntarios que trabajaban en asilos para inmigrantes pobres. Entre 1913 y 1914 publicó doce artículos que dieron lugar a la obra *The Old World in the New. The Significance of Past and Present Immigration to the American People* (1914), una exhaustiva investigación que concluía que los nuevos inmigrantes, con alarmantes tasas de reproducción, eran “personas hirsutas, de cejas bajas y caras grandes, con una mente claramente inferior” que no habían alcanzado un nivel de civilización compatible con la democracia, de modo que era necesario restringir al máximo su entrada en el país. La conclusión de Ross, llena de prejuicios, de que los nuevos inmigrantes eran básicamente cavernícolas sin civilizar, y por tanto imposibles de integrar como buenos ciudadanos norteamericanos, se convirtió en una idea habitual en aquellos días.

La predicción de Theodore Roosevelt de que las razas africana y mediterránea acabarían desplazando a los viejos americanos de origen anglosajón y germano pareció cumplirse en Tampa (Florida), donde la mayoría de la población residente era una amalgama de españoles, cubanos e italianos. Mientras que a la élite española –los empresarios dueños de las fábricas de tabaco– se la consideraba blanca, no así a los obreros españoles que se mezclaban con otros obreros

¹⁴ NUGENT, Walter: *Crossings. The Great Transatlantic Migrations, 1870-1914*, Bloomington, Indiana University Press, 1992, p. 158.

¹⁵ En su obra *Italianos del norte e italianos del sur* (1901), Niceforo insistió en que había dos razas distintas en Italia, con características físicas y psíquicas diferenciadas. Mientras en el norte el tipo humano era alto y de cabeza ancha, en el sur era de cabeza alargada, tez oscura y estatura baja: “El italiano del sur está estrechamente relacionado con los ibéricos de España y los bereberes del norte de África”.

latinos y de color, en una comunidad multicolor. A ojos de los angloamericanos, los obreros latinos eran más morenos y “oscuros” (*dusky*) que blancos. En la década de 1890, la prensa anglosajona, como *The Tampa Morning Tribune*, achacó los robos, asaltos, crímenes, inmoralidad, escándalos sexuales en la ciudad... al “temperamento latino” de los nuevos habitantes. Ybor City, el barrio latino de Tampa, fue descrito como un lugar de perdición, juego, prostitución, vicio y crimen, y se impuso el estereotipo de los latinos como vagos y perezosos, por una parte, y como pasionales y anarquistas, por otra¹⁶. La respuesta local frente a inmigrantes tachados de agitadores, indeseables y peligrosos, por no respetar el orden social y los valores del grupo social hegemónico norteamericano, fue imponer un método de represión extralegal, efectivo y específico de Estados Unidos llamado “vigilantismo”, consistente en constituir comités de ciudadanos vigilantes que ejercieron una violencia que incluyó azotes, secuestros, incendios provocados, atentados con uso de armas de fuego, linchamientos, así como el tristemente famoso embreado y emplumado (*tarring and feathering*) y la expulsión o el exilio forzado¹⁷.

3. *El sueño americano*

Millones de obreros inmigrantes constituyeron la fuerza de trabajo que hizo de Estados Unidos la potencia económica más poderosa del mundo. Los países latinos, en la periferia europea –Italia, España, Portugal–, países pobres para los estándares de la Europa occidental, tardaron en unirse a esa corriente migratoria. Cuando lo hicieron, a finales del siglo XIX, fue de forma masiva¹⁸. En 1910 casi el 15 % de la población de Norteamérica era extranjera.

En el periodo entre los siglos XIX y XX, la imagen de Estados Unidos que prevalecía entre los miles de obreros europeos que deseaban emigrar era positiva¹⁹. Norteamérica evocaba riqueza, prosperidad y fortuna. Los llamados “ganchos” o agentes reclutadores de las compañías navieras y de algunos Estados con especial necesidad de mano de obra presentaban un mundo idílico donde, nada más llegar, el obrero conseguía éxito material. Era la tierra soñada, la nación

¹⁶ HEWITT, Nancy A.: *Southern Discomfort: Women's Activism in Tampa, Florida*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2001.

¹⁷ CARBÓ, Miguel: “Resistencia de los obreros del tabaco en Tampa, 1886-1921. Anarquistas y sindicalistas españoles frente al vigilantismo”, en P. García Jordán y M. Izard (coords.), *Conquista y resistencia en la historia de América*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1991, p. 240.

¹⁸ HATTON, Timothy J. y WILLIAMSON, Jeffrey G.: “Latecomers to Mass Emigration. The Latin Experience”, en T. J. Hatton y J. G. Williamson (eds.), *Migration and the International Labor Market, 1850-1939*, Routledge, 1994, pp. 55-71.

¹⁹ DEBOUZY, Marianne (ed.): *In the Shadow of the Statue of Liberty. Immigrants, Workers and Citizens in the American Republic, 1880-1920*, University of Illinois, 1992.

moderna por excelencia, el país de las oportunidades. Para los obreros jóvenes soñadores que buscaban nuevos mundos, era un lugar dinámico y deslumbrante que les esperaba al otro lado del mar. A muchos de los que se animaban a atravesar el océano Atlántico les impulsaba la necesidad económica, pero aún más la búsqueda de un mundo distinto, más amplio y extenso, una aventura emocionante²⁰.

Estados Unidos era “la república modelo”²¹, el país de las libertades y de las prácticas democráticas, una imagen típica de los reformadores europeos de clase media, pero que impactó también en la clase obrera. Para los militantes de los movimientos obreros de las viejas monarquías despóticas o autocráticas de Europa –como la zarista, la alemana, la austrohúngara, la italiana o la española–, Estados Unidos era la nación que ofrecía asilo a los refugiados políticos.

El símbolo de esa tierra de libertades era la Estatua de la Libertad, en realidad “La Libertad iluminando al mundo”, emplazada en 1886 en el puerto de Nueva York, el principal puerto de llegada de inmigrantes a América, en la desembocadura del río Hudson, un regalo del Gobierno francés a cargo del escultor Bartholdi. Era la primera visión de los inmigrantes que llegaban por vía trasatlántica. Para celebrar su construcción, Emma Lazarus publicó uno de los más conocidos poemas de la historia norteamericana, *El nuevo coloso*, que en 1903 se grabó en una placa de bronce en el pedestal de la estatua, convertida en el símbolo del sueño americano, la perfecta expresión de la imagen norteamericana como generosa nación de recepción de inmigrantes. La antorcha de la estatua era la lámpara que iluminaba la puerta dorada, que indicaba el camino de entrada a “los desposeídos, los fatigados, los desdichados, las hacinadas muchedumbres que anhelan respirar en libertad”. Era el faro de esperanza para los extranjeros en busca de una vida mejor.

Ese año de 1886 en que se inauguró la estatua de la libertad es una fecha simbólica porque fue también el año en que la campaña obrera a favor de la jornada de ocho horas culminó, en el mes de mayo, con la famosa tragedia de Haymarket de Chicago tras el estallido de una bomba y el encarcelamiento de los principales anarquistas de la ciudad²². Fue un punto de inflexión en la historia social norteamericana.

En aquel clima, no es de extrañar que la prensa obrera considerara las celebraciones con motivo de la inauguración de la estatua de Bartholdi como una fiesta de la burguesía hipócrita, que entendía la libertad a su manera, mientras la gran

²⁰ ROSSI, Adolfo: *Un italiano in America*, Milano, Treves, 1894, p. 4.

²¹ KÖRNER, Axel, MILLER, Nicolas y SMITH, Adam (eds.): *America Imagined: Explaining the United States in Nineteenth Century Europe and Latin America*, Palgrave Macmillan, 2012.

²² AVRICH, Paul: *The Haymarket Tragedy*, Princeton, Princeton University Press, 1984.

masa de los explotados y hambrientos la observaban en silencio, o con resentimiento²³. Para muchos obreros inmigrantes de Estados Unidos, el juicio injusto de los ocho anarquistas de Chicago (la mayoría de ellos inmigrantes alemanes), y la ejecución en la horca de cuatro de ellos el 11 de noviembre de 1887, fue un acontecimiento crucial en sus vidas que determinó su conversión a la militancia radical. Fue un hecho de repercusión global que quedó grabado en el imaginario obrero internacional. Una fecha que el movimiento obrero mundial celebraría cada año para honrar a los llamados “mártires de Chicago”.

Tras la ejecución de los mártires de Chicago, hubo un cambio de percepción sobre Estados Unidos entre los obreros en general, y entre los militantes socialistas y anarquistas en particular. La prensa socialista y anarquista publicó comentarios muy amargos a propósito del desengaño sufrido. Desde entonces, se repitió una y otra vez que la visión idílica de la libre América era una mentira y que los obreros debían combatir a la burguesía capitalista en todos los lugares del planeta.

4. La transmisión de las experiencias vividas

Un importante factor que contribuyó también al cambio de visión sobre Estados Unidos fue la transmisión por parte de los obreros inmigrantes de sus experiencias reales de la vida cotidiana²⁴. Relatos que hacían al regresar a sus países, o bien desde la nueva tierra a través de las cartas que escribían a sus familiares, o en artículos y testimonios que se publicaban en la prensa obrera. Relatos sobre la dureza del viaje transoceánico, el trauma de la llegada a los centros de control de inmigración, las difíciles condiciones de vida y trabajo, la hostilidad con que eran recibidos por la población anglosajona, etc. Aunque el mito de América como tierra prometida se mostró muy poderoso y persistente, la imagen de Estados Unidos se fue transformando, se redefinió con denuncias y críticas sobre las condiciones de explotación y discriminación sufridas.

Los obreros que emigraban viajando en barco desde un puerto europeo a otro americano lo hacían con billetes de tercera clase, los más baratos. Por el dinero que pagaban, eran hacinados en los entrepuentes, cerca de las máquinas, donde se armaban cientos de literas (más de las reglamentarias porque los armadores procuraban incrementar al máximo la capacidad de carga), en condiciones de

²³ Véase, *New York Volks-Zeitung*, 29-10-1886, citado por KEIL, Hartmut: “An ambivalent Identity: The Attitude of German Socialist Immigrants Toward American Political Institutions and American Citizenship”, en M. Debouzy (ed.), *In the Shadow of the Statue of Liberty...*, p. 247.

²⁴ MORRISON, Joan y FOX ZABUSKY, Charlotte: *American Mosaic: The Immigration Experience in the Words of those Who Lived It*. New York, E. P. Dutton, 1980. Véase también, HOERDER, Dirk y RÖSSLER, Horst (eds.): *Distant Magnets: Expectations and Realities in the Immigrant Experience, 1840-1930*, New York, Holmes & Meier, 1993.

ventilación y salubridad pésimas²⁵. A los pasajeros de tercera se les llamaba también "pasajeros de entrepuente" ("steerage", en inglés).

Hasta el siglo XX, el traslado de emigrantes estuvo desregulado y los abusos de las compañías navieras y de las tripulaciones fueron muy frecuentes. Los agentes de emigración eran descritos en algunos relatos de la prensa obrera como "traficantes de carne humana" que convencían a los ilusos inmigrantes metiéndolos en barcos mal equipados, que se cargaban con mayor número de pasajeros que su capacidad legal. No era raro que un vapor con capacidad para 1200 personas llegase a albergar hasta 2000. Los emigrantes eran arrojados en las bodegas y transportados como "anchoas en lata" durante varias semanas (un promedio de veinte días en 1890). En la prensa, abundaban las críticas por la falta de higiene, el calor insoportable, los malos olores, la carencia de agua potable, las comidas espantosas, los accidentes, la ausencia de botes salvavidas, la falta de atención médica a bordo, las altas tasas de mortalidad infantil. Es difícil encontrar una referencia a cualquier viaje transoceánico de la época sin que se incluya el fallecimiento de varios niños. En España, en los seis primeros meses de 1889, la travesía trasatlántica se saldó con el fallecimiento de noventa niños²⁶.

Frente a las duras condiciones de la travesía para los obreros, el viaje era radicalmente distinto, confortable y lleno de diversiones para los pasajeros de primera que viajaban en los mismos barcos.

También era radicalmente distinto el proceso de entrada en Estados Unidos, que dependía del estatus socioeconómico del pasajero. Los que habían pagado un billete de primera o segunda clase, una vez pasado el control sanitario a bordo, podían desembarcar y entrar en el país sin necesidad de pasar por los centros de inmigración construidos por el Gobierno para inspeccionar a los recién llegados antes de permitirles la entrada en el país. El más famoso y activo, el de Ellis Island, en un pequeño islote situado en el puerto de Nueva York, recibió a las tres cuartas partes de los inmigrantes que llegaron a Estados Unidos, más de 16 millones desde su inauguración, el 1 de enero de 1892, hasta su cierre en 1954²⁷.

²⁵ Véase, MANGIONE, Jerry: *America is Also Italian*. New York, G. Putnam and Son's, 1969, p. 29 y HANDLIN, O.: *The Uprooted: The Epic Story of the Great Migrations That Made the American People*, Boston, Little Brown and Co., 1973 (1.ª ed.: 1951). Véase también, *Ellis Island Oral History Project*, Oral History Program, Ellis Island Immigration Museum, New York City, NY, <http://www.nps.gov/elis/learn/historyculture/ellis-island-oral-history-project.htm>

²⁶ "Noventa niños muertos", *La Unión Mercantil*, Málaga, 9-8-1889,

²⁷ CANNATO, Vincent J.: *American Passage: The History of Ellis Island*, New York, Harper Collins, 2009. Otros ocho millones habían pasado previamente por Castle Garden, en Battery Park, Manhattan, hasta que el control de inmigrantes fue asumido por la Administración federal y se construyó el centro de Ellis Island.

Los pasajeros de tercera clase eran los únicos considerados “inmigrantes” y, por consiguiente, quizás indeseables. Inmigrante y pasajero de tercera eran términos sinónimos. Los “otros pasajeros extranjeros”, que viajaban en cabina, no tenían estatus de inmigrantes, aunque pudiera haber verdaderos inmigrantes en esta categoría. La teoría era que, si una persona podía comprar un billete de primera o segunda clase, no era probable que se convirtiera en una carga para el Estado, ya que se suponía que no iba a acabar en ninguna institución u hospital público. Eran los pasajeros de tercera los que necesitaban ser minuciosamente inspeccionados. Cuando el barco llegaba a los muelles de Nueva York, eran transferidos a unos *ferries* fletados por las compañías navieras que les conducían a la isla de Ellis donde se les sometía a inspección médica y legal. Lo normal era que miles de ellos pasaran días esperando dentro del barco en el puerto y luego horas esperando en la cola de los *ferries*. No era raro que en el traslado murieran algunos pasajeros, sobre todo niños enfermos expuestos al frío helador del río Hudson²⁸.

Al llegar, se les rociaba con desinfectante e iban en fila a la oficina de registro donde se determinaba si se trataba de un inmigrante indeseable destinado a la fila de los excluidos. Los sujetos a medida de expulsión eran los locos, retrasados mentales, convictos, polígamos, prostitutas, anarquistas, los pobres sin recursos y, por supuesto, los enfermos y físicamente incapacitados. No se permitía tampoco la entrada a las madres solteras y a los menores sin acompañamiento. Cuando el personal sanitario observaba algo anómalo, se marcaba con tiza la solapa del abrigo o chaqueta con la inicial indicativa de la enfermedad o discapacidad. Todos los pasajeros con alguna marca eran sometidos a un examen más detallado que podía suponer cuarentena o bien deportación²⁹. Si pasaban el test físico, iban a una sala donde agentes de inmigración los sometían a un interrogatorio en su idioma, con ayuda de intérpretes del Gobierno. Una de las preguntas seguras era de qué recursos disponían para mantenerse. El empleado que realizaba la entrevista tenía total potestad para decidir qué suma era suficiente para entrar en el país hasta que, en 1909, se estableció un mínimo de veinticinco dólares por inmigrante.

Aunque fueron relativamente pocos los enviados de vuelta a su país, la llegada a la isla de Ellis era siempre para el obrero un momento traumático. La bibliografía sobre la dura experiencia de los inmigrantes a su paso por ella es ingente³⁰. Alrededor de un 20 % de los que llegaron fueron temporalmente detenidos. En

²⁸ GRAHAM, Stephen: *With Poor Immigrants to America*, New York, The Macmillan Company, 1914.

²⁹ YANS-MCLAUGHLIN, Virginia y LIGHTMAN, Marjorie: *Ellis Island and the Peopling of America*. New York, The New York Press, 1990, p. 66.

³⁰ Véase, como botón de muestra, BROWNSTONE, David (*et alli*, eds.): *Island of Hope, Island of Tears*. New York, Rawson, Wade, 1979 y BAYOR, Ronald H.: *Encountering Ellis Island. How European Immigrants Entered America*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2014.

ocasiones, los que esperaban a ser deportados se suicidaban. Hubo unos 3000 suicidios en la historia de Ellis Island.

Había funcionarios corruptos y personas sin escrúpulos esperando para hacer negocio con los inmigrantes recién llegados, a los que engañaban cobrándoles abusivamente por determinados servicios. Por fortuna, los había también que ayudaban al inmigrante a instalarse y buscar alojamiento. Hasta bien entrado el siglo XX, millones de inmigrantes vivieron en las grandes ciudades estadounidenses en insalubres distritos (*tenement districts*) abarrotados de familias obreras, cada una de las cuales ocupaba uno de los múltiples pequeños habitáculos en que se compartimentaban las casas de alquiler. Algunos observadores describieron aquellas terribles condiciones del hábitat obrero³¹. Tuvo un gran impacto la obra del periodista gráfico Jacob August Riis, de 1890, *How the Other Half Lives (Cómo vive la otra mitad: estudios entre las casas de vecindad de Nueva York)*, con múltiples reediciones, un trabajo pionero de fotoperiodismo, con ilustraciones y grabados basados en sus fotografías, en el que denunciaba las condiciones miserables en que vivían los obreros inmigrantes en los tugurios del bajo Manhattan (el *Lower East Side* neoyorquino), como la calle Mulberry³².

Los salarios en la industria, la construcción o las minas eran mayores que en Europa, pero entre 1896 y 1912 el coste de la vida aumentó un 2,4 % anual de promedio y se disparó con la llegada de la Primera Guerra Mundial. Además, era un sistema sometido a crisis cíclicas en que, a épocas de prosperidad económica, les seguían periodos de depresión en los que era difícil encontrar trabajo. Las crisis económicas intermitentes ponían de manifiesto las precarias condiciones de vida y trabajo de los emigrados. En las cartas que estos enviaban a sus familias muchos advertían que América era solo para los obreros más sanos y fuertes, no para los débiles, que no podrían sobrevivir. Por ejemplo, la industria textil de Nueva York y otras localidades próximas, como Paterson, Passaic o West Hoboken, en New Jersey, se componía de oscuros talleres infestados de obreros inmigrantes, sin ventilación, insalubres por las sustancias tóxicas que se usaban para teñir las telas, y

31 Rossi, Adolfo: *Naccociù, la venere italiana. Avventure degli emigranti al nuovo mondo*, Roma, Perino, 1889. Del mismo autor, *Nel paese dei dollari (Tre anni a New York)*, Milano, Kantorowicz, 1893. *Un italiano in America*, Milano, Treves, 1894 (Edizioni Trabant, 2014). Véase también, ROMANATO, Gianpaolo: *L'Italia della vergogna nelle cronache di Adolfo Rossi (1857-1921)*, Ravenna, Longo Editore, 2010.

32 RIIS, Jacob A.: *How the Other Half Lives: Studies among the Tenements of New York*, New York, Charles Scribner's Sons, 1890; ALLAND, Alexander: Jacob A. Riis: *Photographer and Citizen*, Millerton, N. Y., Aperture, 1993; BUK-SWIENY, Tom: *The Other Half: The Life of Jacob Riis and the World of Immigrant America*, W. W. Norton & Company, 2008; PASCAL, Janet B.: *Jacob Riis: Reporter and Reformer*, New York, Oxford University Press, 2005, y ROMERO ESCRIVÁ, Rebeca: *Las dos mitades de Jacob Riis. Un estudio comparativo de su obra literaria y fotográfica*, La Laguna, Cuadernos de Bellas Artes, vols. 28 y 29, Sociedad Latina de Comunicación Social, 2014.

muy ruidosos por el constante y ensordecedor ruido de las máquinas y los telares³³. Incluso cuando en el cambio de siglo empezaron a existir las fábricas en grandes galerías, la masificación seguía siendo terrible, las horas muchísimas y los obreros multados si llegaban cinco minutos tarde al trabajo. A finales del siglo XIX era aún muy frecuente trabajar doce horas al día los siete días de la semana. Ya en el siglo XX, aunque lo legal era trabajar diez horas al día, 60 a la semana, lo real era trabajar mucho más, para cumplir con los pedidos, bajo la mirada de los capataces que supervisaban el trabajo y vigilaban incluso el tiempo para ir al baño³⁴. La jornada de ocho horas por la que socialistas y anarquistas luchaban se veía como una meta lejana. Solo unos pocos obreros comenzaron a conseguirla entre 1915 y 1917.

5. Los prejuicios nativistas hacia los obreros latinos

Además de estas duras condiciones, los inmigrantes procedentes del sur de Europa fueron recibidos con hostilidad por la población norteamericana. La visión del poema de Lazarus de Estados Unidos como acogedor refugio para los pobres y oprimidos del mundo se vio contrarrestada por una poderosa tendencia opuesta en el pensamiento norteamericano sobre inmigración que se llamó “nativismo”. Los “nativistas” eran ciudadanos nacidos en Estados Unidos, que defendían la cultura blanca protestante norteamericana y se oponían a la llegada de inmigrantes no anglosajones. Como descendientes de los habitantes de las primigenias Trece Colonias, se creían los verdaderos norteamericanos “nativos”.

Al tiempo que Estados Unidos recibía masivamente a inmigrantes, fue aumentando también el número de nativistas temerosos de que aquel gran flujo de extranjeros corrompiera la cultura americana, erosionara la democracia americana y empobreciera a los trabajadores americanos. En 1895, Thomas Bailey Aldrich, un autor hoy bastante olvidado, pero en su época mucho más conocido y leído que Lazarus, publicó un poema, *Puertas sin vigilancia* (*Unguarded Gates*) que puede entenderse como la respuesta nativista a los ideales de puerta abierta del poema de Emma Lazarus. En él se preguntaba si era razonable que las puertas de entrada en Estados Unidos no tuvieran vigilancia, puesto que estaban siendo atravesadas por gentes de todas las procedencias que traían consigo sus extrañas creencias, sus desconocidos dioses y ritos, sus irreconocibles pasiones, en una especie de torre de babel amenazante³⁵.

³³ La esencia del taller (*sweatshop*) era la práctica de exprimir a los obreros con un abusivo trabajo a destajo o “sweating system”, literalmente “sistema para hacer sudar” o sistema de sudor.

³⁴ MONTGOMERY, David: *El control obrero en Estados Unidos. Estudios sobre historia del trabajo, la tecnología y las luchas obreras*, Madrid, Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, 1985, p. 147.

³⁵ <http://www.shmoop.com/ellis-island-immigration/summary.html>; KNOBEL, Dale T.: *America for the Americans: The Nativist Movement in the United States*, New York, Twayne, 1996.

El pensamiento nativista era transversal, no hacía distinciones entre derechas e izquierdas, entre progresistas y conservadores. De hecho, el Partido Socialista de Estados Unidos incorporó la idea de que estos nuevos inmigrantes eran primitivos y no asimilables. Por su parte, los sindicatos americanos –los *Knights of Labor* (Caballeros del Trabajo) y la *American Federation of Labor* (AFL)– no solo no los integraron en sus filas, sino que, argumentando que estaban perjudicando el nivel de vida alcanzado por los obreros americanos, presionaron al Gobierno federal para que aprobara leyes de control de la inmigración. Ambas organizaciones obreras se nutrieron de trabajadores especializados y profesionales, bien nacidos en Estados Unidos, bien de la primera ola de inmigración procedente del norte de Europa, que veían a los nuevos inmigrantes como competencia desleal, creían que venían a quitarles el trabajo³⁶. Es cierto que los obreros latinos aceptaban salarios muy bajos, y ello abarataba la fuerza laboral. Cuando los trabajadores americanos iban a la huelga, les sustituían como esquirolas, y también eran contratados como rompehuelgas. Pero los sindicatos americanos no solo demandaban una limitación del número de inmigrantes para mantener el nivel de salarios, sino, mucho menos explicable, una restricción explícitamente fundamentada en criterios etno-culturales o simplemente racistas, contrarios al espíritu de solidaridad de clase que figuraba en los estatutos de ambas organizaciones obreras³⁷.

A los obreros latinos se les consideró intrusos y se vieron sometidos a fuertes prejuicios por razones económicas, pero también raciales, considerados una raza inferior a la anglosajona. El estereotipo de inferioridad biológica se reforzaba con imágenes sobre su contaminación corporal; eran retratados como sucios, grasientos, desaseados. Eran frecuentes las descripciones sobre la repulsión física que inspiraban, utilizando adjetivos denigrantes como pestilentes (*pestiferous*) o mugrientos (*filthy*), portadores de enfermedades infecciosas, como tifus o cólera, y como una amenaza para la salud pública de los americanos. No eran percibidos enteramente como blancos. Por supuesto, la discriminación racial no era la misma que sufrían los afroamericanos, asiáticos y mexicanos, ya que italianos, españoles o portugueses tenían privilegios que no se concedían a aquellos, como el derecho a naturalizarse ciudadanos norteamericanos al cabo de varios años de residencia y a aspirar a ciertos empleos (los nativistas abogaron por aumentar el periodo para la naturalización de los inmigrantes blancos, de cinco a veintiún años, alargando así el tiempo en que no podrían desempeñar cargos públicos), pero sí sufrían una

³⁶ Los obreros inmigrantes no especializados fueron, en cambio, alentados a militar en el movimiento anarquista y en el gran sindicato revolucionario norteamericano *Industrial Workers of the World* (IWW), creado en 1905, los *Wobblies*, como se les conoció popularmente. Véase SALERNO, Salvatore: *Red November, Black November*, New York, State University of New York, 1989.

³⁷ COLLOMP, Catherine: "Les organisations ouvrières et la restriction de l'immigration aux États-Unis à la fin du dix-neuvième siècle", en M. Debouzy (ed.), *In the Shadow of the Statue of Liberty...*, p. 232.

hostilidad étnica y eran víctimas de prejuicios raciales. En diversos Estados hubo linchamientos de inmigrantes del sur, italianos y sicilianos, por considerárseles indeseables, como el caso descrito más arriba³⁸.

6. *Desilusión, radicalización anarquista y “propaganda por el hecho”*

Los obreros inmigrantes que llegaban a la América de la libertad y las oportunidades con grandes esperanzas de una vida nueva y con sueños de una tierra prometida, donde a base de esfuerzo podrían prosperar, hallaron en muchas ocasiones un mundo muy duro y una vida de privaciones, desigualdad e injusticia social. En Estados Unidos los obreros procedentes del sur de Europa eran despreciados y maltratados. Sus ilusiones se desvanecieron y la desilusión fue caldo de cultivo para que arraigaran las ideologías revolucionarias de cambio social. En la prensa radical de habla hispana e italiana las expresiones de la “libre América” o la “república modelo” comenzaron a utilizarse sistemáticamente en sentido irónico para establecer el contraste entre esa imagen modélica y la dura realidad del capitalismo brutal. A miles de obreros inmigrantes fue la experiencia de discriminación y explotación la que les radicalizó. Muchos percibieron con claridad que la rápida industrialización de la economía había traído pobreza para las masas trabajadoras y, en cambio, opulencia y poder para la minoría privilegiada. El sociólogo y economista Thorstein Veblen inmortalizó el estilo de vida de la que llamó “clase ociosa” en su famosa descripción del “consumo ostentoso”³⁹. Fue la miseria en medio de la abundante riqueza lo que llevó a muchos al anarquismo⁴⁰. El área metropolitana de Nueva York fue el mayor centro anarquista de la diáspora del mundo.

Los obreros radicalizados, sobre todo los anarquistas, ayudaron a contrarrestar la persistente visión positiva de Estados Unidos como el país moderno de la libertad y las oportunidades. En 1893 se celebró una Exposición Universal en Chicago, la llamada Exposición Mundial Colombina, levantada a orillas del lago Michigan, cuyo recinto se conoció como la “Ciudad Blanca” por la blancura de sus edificios, que presentó al mundo la ciudad ideal, la ciudad modelo de un país rico e industrializado, cuyas innovaciones técnicas producían admiración a los visitantes. Un anarquista catalán llegado a Nueva York en 1892 llamado Pedro Esteve, figura fundamental del anarquismo hispano en Estados Unidos hasta su

³⁸ Salvetti, Patrizia: *Corda e sapone. Storie di linciaggi degli italianine gli Stati Uniti*, Roma, Donzelli Editore, 2003.

³⁹ VEBLEN, Thorstein, *The Theory of the Leisure Class*. 1899 (reed.: New York, Mentor Books, 1959).

⁴⁰ AVIRCH, Paul: *Voces anarquistas. Historia oral del anarquismo en Estados Unidos*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2004, p. 605.

muerte en 1925⁴¹, visitó nada más llegar aquella Exposición Universal y describió los edificios blanquísimos, rodeados de lagos, jardines, fuentes, estatuas, y una gran rueda-mirador de 250 pies de diámetro, así como los deslumbrantes ingenios de la técnica que estaban expuestos en los distintos pabellones, pero afirmó que no eran patrimonio de la humanidad, como el Gobierno y los promotores pretendían cínicamente, sino de una clase capitalista privilegiada, que vilipendia y oprobaba a los verdaderos productores de tanta riqueza, millones de seres que habían trabajado en su construcción día y noche, reducidos a la miseria y la indigencia. Para causar efecto en los obreros lectores, Esteve comenzaba haciendo un relato de la apabullante riqueza de Norteamérica, de los avances técnicos logrados, de su constitución política, de la libertad de expresión reconocida..., pero este elogioso discurso sobre las bondades y bellezas de la república, que sabía que muchos obreros aún compartían, se rompía bruscamente para abundar en la farsa y la infamia:

La riqueza es aparente y la libertad mentida. Está la primera acaparada por unos pocos, y la otra sujeta al capricho de la policía. [...] Los 106 años de república han servido solo para entronizar a la aristocracia del capital. El sublime ideal es hacerse rico. Business es la palabra sagrada⁴².

A partir de ahí describía la falsedad e hipocresía de la sociedad burguesa norteamericana, insistiendo en los aspectos más grotescos o sórdidos.

Ni Pedro Esteve ni otros anarquistas que se exiliaron en los Estados Unidos o visitaron el país en giras de propaganda se dejaron deslumbrar por los destellos de la sociedad norteamericana. Por el contrario, criticaron la naturaleza excluyente de la república del norte. Aunque para perpetuarse dependiera de una expansión económica continua que proyectaba imágenes de movilidad e inclusión social, era solo una democracia "for whites".

En aquella época, los inmigrantes que militaron en el anarquismo no hicieron solo una crítica social radical del sistema económico y político liberal-burgués norteamericano mediante la palabra y los escritos, sino también mediante los "hechos". El movimiento anarquista internacional decidió apostar por la llamada

⁴¹ SUEIRO SEOANE, Susana: "Un anarquista en penumbra. Pedro Esteve y la velada red del anarquismo transnacional", en Alcores. *Revista de Historia contemporánea, Dossier* coordinado por S. Sueiro Seoane, "Redes anarquistas transnacionales entre los siglos XIX y XX", n.º 15 (2013), pp. 43-66. De la misma autora, "Los anarquistas de habla hispana en Estados Unidos y sus redes transnacionales. El periódico *El Despertar* de Brooklyn (1891-1902)", en A. Sánchez Cobos y S. Sueiro Seoane (eds.), *Redes transnacionales del anarquismo en América: los militantes y sus publicaciones*, en *Historia y Política*, n.º 42 (2019/2); "Anarquismo e independentismo cubano: las figuras olvidadas de Enrique Roig, Enrique Creci y Pedro Esteve", en M. Hernández González (coord.), "Cuba en el Siglo XIX", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, UNED, n.º 30 (2018), pp. 97-120.

⁴² ESTEVE, Pedro: *A los anarquistas de España y Cuba. Memoria de la conferencia anarquista internacional celebrada en Chicago*, Paterson, New Jersey, El Despertar, 1900, pp. 57-63.

“propaganda por el hecho”, esto es, la perpetración de actos de violencia, incluidos los magnicidios, por parte de los militantes más decididos y dispuestos a sacrificarse por la causa. Un inmigrante italiano, Gaetano Bresci, estampador de seda en una fábrica de Paterson, New Jersey, cruzó el Atlántico y el 29 de julio de 1900 asesinó en Italia al rey Humberto I. La prensa generalista bautizó a Paterson con el sobrenombre de “la capital del anarquismo”⁴³. Unos meses después, el 6 de septiembre de 1901, otro inmigrante de nombre impronunciable, Leon Czolgosz, asesinó al 25 presidente de Estados Unidos, William McKinley, bajo cuyo mandato el país se había convertido en la primera potencia económica mundial, cuando visitaba la Exposición Panamericana en Buffalo, Nueva York. La opinión pública norteamericana quedó conmocionada. Se estableció la equiparación entre obrero extranjero y peligroso anarquista. En 1901 el sentimiento antiinmigración se había extendido por todos los Estados Unidos. Ese sentimiento acabaría conduciendo en la década de 1920 a las leyes de cuota, que frenaron radicalmente el flujo de inmigrantes de Europa del sur y del este.

7. Puertas vigiladas: las leyes contra la inmigración

Una de las propuestas más insistentes de los nativistas a lo largo del tiempo fue la de introducir un examen de alfabetismo (*literacy test*) como filtro para descartar a los extranjeros analfabetos de origen rural procedentes de los países católicos de Europa. Los sindicatos norteamericanos apoyaron estas medidas⁴⁴. En cuatro ocasiones distintas, el Congreso aprobó leyes obligando a los inmigrantes a superar una prueba de alfabetización en cualquier lengua escrita, pero fueron vetadas por los presidentes Cleveland en 1897, Taft en 1913, y Wilson en 1915. En 1917, el Congreso obtuvo por fin los votos suficientes para anular el veto de Wilson, y la prueba de alfabetización en la lengua natal del inmigrante se convirtió en ley. Sin embargo, no tuvo el impacto que deseaban los nativistas, ya que, antes de emigrar, los obreros se preparaban específicamente para superar ese examen⁴⁵.

A comienzos de la década de los 20 por fin los “restriccionistas” consiguieron su objetivo, ayudados por el miedo desatado tras la Revolución rusa hacia los radicales extranjeros sospechosos de fomentar el conflicto de clase en las comunidades de Norteamérica. En 1921 se aprobó una Ley de emergencia a la que siguió, en 1924, una Ley de los orígenes nacionales, por la cual se limitaban los permisos anuales de entrada por países. Se estableció que la cuota de cada país sería el 2 % del número

⁴³ RHODES, Leara D.: *The Ethnic Press: Shaping the American Dream*, New York, Peter Lang Publishing, 2010.

⁴⁴ STEPHENSON, George M.: *A History of American Immigration, 1820-1924*, New York, 1926.

⁴⁵ BRIGGS JR, Vernon M.: *Immigration and American Unionism*, New York, Cornell University Press, 2001, p. 79.

de inmigrantes de esa nacionalidad residente en Estados Unidos en el momento del censo de 1890. Se escogió deliberadamente ese año porque por entonces había aún pocos procedentes del sur y este de Europa, así que, con el nuevo sistema, esos países recibieron unas cuotas diminutas. Sin embargo, a los representantes de los llamados "viejos inmigrantes", que eran millones cuando se elaboró el censo de 1890, se les concedieron cuotas generosas. Todo el sistema estaba diseñado para permitir que la inmigración procedente de Europa del norte fluyese libremente, al tiempo que se frenaba radicalmente el flujo de inmigrantes de Europa del sur y del este⁴⁶. Las estadísticas de inmigración demuestran con dramática claridad el efecto discriminatorio de la ley de 1924: Italia recibió una cuota anual de solo 3845. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, los italianos entraban en Estados Unidos a un ritmo de casi 220 000 al año. El sistema de orígenes nacionales, por tanto, impuso de hecho una reducción del 98 % de la inmigración italiana. Por el contrario, Alemania recibió una cuota enorme de 51 227 personas al año. Puesto que en 1924 menos de 40 000 alemanes llegaban al año a Estados Unidos, la nueva ley de hecho no imponía ninguna limitación real a la inmigración desde ese país. En la década anterior a la imposición del sistema de cuotas, el 63 % de todos los europeos que llegaban a Estados Unidos eran inmigrantes de las naciones de Europa meridional y oriental, pero esos países tan solo recibían el 11'2 % del total de la cuota, mientras que el 86'5 % iba a los países del norte y oeste de Europa. Al conceder cuotas enormes a países que no podían satisfacerlas y cuotas minúsculas a los países con un enorme flujo de emigrantes, las leyes de inmigración de 1921 y 1924 hicieron exactamente lo que se esperaba de ellas: lograron poner fin a la más grande ola de inmigración de la historia norteamericana.

8. Autoexclusión

En parte, la segregación de los obreros latinos fue también buscada y voluntaria. Decidieron no integrarse, al menos no tan rápidamente como lo hicieron otros grupos. Tuvieron una resistencia a la americanización. El mundo inmigrante latino de Estados Unidos fue un mundo muy endogámico. Los solteros se casaron en su gran mayoría con mujeres de su mismo país, con frecuencia del mismo pueblo o de algún pueblo próximo⁴⁷. La característica más destacada es que construyeron su vida en torno a fuertes lazos familiares y de amistad, de espaldas a la sociedad norteamericana. En sus barrios podían hablar en su propio idioma, no necesitaban aprender inglés. Este aislamiento preservaba y mantenía en la nueva

⁴⁶ NGAI, Mae: "The Architecture of Race in American Immigration Law: A Reexamination of the Immigration Act of 1924", *The Journal of American History*, vol. 86, n.º 1 (1999), pp. 67-92.

⁴⁷ RUEDA, Germán: *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos, 1820-1950. De "dons" a "misters"*, Madrid, Mapfre, 1993, p. 122.

tierra el modo de vida y las costumbres de la tierra natal, del pueblo que habían dejado atrás al emigrar. Por ejemplo, los hábitos alimenticios y las prácticas culinarias⁴⁸. La prensa en el idioma del inmigrante⁴⁹, la música, las celebraciones festivas, etc., fueron también factores de cohesión identitaria. Los hijos y nietos de los emigrantes fueron educados en el recuerdo de la tierra de origen, adquirieron una fuerte conciencia de sus raíces nacionales, que sus mayores les inculcaban. En todas las ciudades norteamericanas de cierto tamaño, los italianos crearon sus “pequeñas Italias” (*Little Italies*) donde intentaron sentirse como en casa⁵⁰.

Ante una sociedad que les recibía mal y que les era totalmente ajena, los inmigrantes latinos establecieron comunidades étnicas muy definidas donde podían hablar y ser entendidos en su lengua materna y conservar su cultura y costumbres, cultivar estrechos lazos familiares, cocinar sus comidas tradicionales y practicar la religión católica, o al menos no practicar el protestantismo imperante en la sociedad norteamericana.

La novela autobiográfica de un inmigrante español, Prudencio de Pereda, describe, a través de los ojos de un niño, la vida de una familia obrera española en Nueva York en las primeras décadas del siglo XX⁵¹. Se instaló en Brooklyn, en la ciudad de Nueva York, donde residía la mayor parte de la colonia española. El autor rememora el clima amistoso que se respiraba en las cenas que se organizaban todos los domingos por la tarde, las conversaciones animadas, los juegos de cartas y las estupendas “paellas a la valenciana”, que quedaron grabadas en su recuerdo. En aquella zona de la ciudad, el ambiente era español, imperaban las costumbres españolas. Celebraban fiestas, igual que en España, y partidos de fútbol de equipos agrupados por localidades de procedencia. Era una comunidad ajena al modo de vida americano.

9. Conclusión

Uno de los objetivos de este artículo ha sido mostrar la metamorfosis en las percepciones e imaginarios sobre Estados Unidos de los inmigrantes procedentes del sur de Europa. A fines del siglo XIX, las imágenes positivas que asociaban este

⁴⁸ CINOTTO, Simone: *Una famiglia che mangia insieme: cibo ed etnicità nella comunità italoamericana di New York, 1920-1940*, Torino, Otto Editore, 2001.

⁴⁹ VECOLI, Rudolph J.: *The Italian Immigrant Press and the Construction of Social Reality, 1850-1920*, en J. Danky y W. Wiegand (eds.), *Print Culture in a Diverse America*, Urbana University of Illinois Press, 1998, pp. 17-33.

⁵⁰ HARNEY, ROBERT y SCARPACI, Vincenza (eds.): *Little Italies in North America*, Toronto, Multicultural History Society of Ontario, 1981.

⁵¹ PEREDA, Prudencio de: *Windmills in Brooklyn*, Longman, Green & Company, Kings Press, Kingsport, Tennessee, 1948.

país a la libertad, el progreso, la modernidad y la república modelo se fueron erosionando para dar lugar a cuadros mucho más críticos y desencantados, como los que trazaron las publicaciones de los obreros inmigrantes. Ese desencanto, cuyas causas fundamentales hay que buscarlas en las duras condiciones de vida y trabajo, así como en la discriminación a la que hubieron de enfrentarse, fue el caldo de cultivo que llevó a muchos a abrazar una militancia radical.

El segundo objetivo, convergente con el anterior, es mostrar el abandono por parte de las élites dirigentes de Estados Unidos –y de la sociedad blanca norteamericana en general, incluidas las organizaciones sindicales– del paradigma inmigratorio abierto para abrazar el paradigma del inmigrante como enemigo interno, primero con criterios de nacionalidad y luego con criterios de raza. En esa evolución hacia la discriminación racista, fue fundamental el impacto de la criminología positivista lombrosiana. Desde la década de los 90 del siglo XIX, los “nativistas”, que desde hacía tiempo venían expresando temores sobre el impacto de los extranjeros en la cultura y la sociedad norteamericanas, utilizaron sus argumentos sobre las razas superiores e inferiores para justificar el rechazo de los “nuevos” inmigrantes que estaban entrando masivamente en el país, y particularmente de los obreros latinos.

Por su falta de cualificación, su analfabetismo, su procedencia de países no democráticos y su religión católica, a los nuevos inmigrantes latinos se les consideró muy inferiores a los inmigrantes nórdicos o centroeuropeos de países protestantes más industrializados, y fueron vistos como una amenaza para la salud y la pureza racial de la nación. Su propensión a abrazar ideologías radicales, y en concreto el anarquismo, fue vista también como un peligro.

Desde finales del siglo XIX el sentimiento “nativista” se trasladó a la política. El Gobierno federal introdujo gradualmente legislación cada vez más restrictiva para limitar y, finalmente, impedir prácticamente su entrada.

Por su parte, los obreros latinos inmigrantes de al menos las dos primeras generaciones no tuvieron interés en integrarse en la sociedad norteamericana, por lo que, junto a los parámetros de exclusión, es interesante abordar también los parámetros de autoexclusión.